

## *Las razones de la memoria*

*Las fotografías son los archivos de nuestra memoria.*

BAUDELAIRE

POR VALENTÍN CARRERA

### **La tradición oral y los espejos de la memoria**

La memoria es algo histórico, colectivo, que forma parte del patrimonio común de un pueblo. La memoria significa culturalmente mucho más que el mero recuerdo, que es algo individual, personal, limitado en el tiempo.

Un sencillo ejemplo: los jóvenes de hoy -pongamos los nacidos después de la Transición, a partir de 1975- no pueden recordar quién fue Franco, pues nacieron cuando ya había muerto; pero gracias a libros, documentos o a series de TV como “*La Transición*”, pueden acceder a la memoria histórica de aquella época. Las nuevas generaciones jamás poseerán el recuerdo de cómo fueron *antes de nacer ellos* su calle, su ciudad, la plaza mayor de su pueblo, o de cómo trabajaban o se divertían los convecinos de principios de siglo, sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos.

Por ello, donde no existe -porque no alcanza cronológicamente- el recuerdo personal, es necesaria la memoria, la voluntad de aprehender el pasado para comprender mejor nuestro presente. Volver la mirada atrás y tratar de comprender -desde la soberbia de la era digital- el instante en que nuestros antepasados se vieron por primera vez a sí mismos en una fotografía, supone un ejercicio de asombro y humildad. Aquellos prodigiosos retratos de principios de siglo -como los que pueden verse en estas páginas- conservan toda su calidad artística y transmiten el entrañable encanto añadido por el paso del tiempo.

Las fotos que hemos recuperado -ahora de Benavente y los Valles, antes del Bierzo o de Galicia-, hablan por sí solas, al cariño de la lumbre, hilvanando un filandón en el que resuenan las voces de los abuelos contándonos, una y otra vez, el caudal de sus vivencias doradas. En la medida de lo posible, el trabajo de investigación no se ha limitado al rescate de la mera foto, sino de su historia

oral, de todo el caudal de recuerdos individuales que, debidamente articulados, componen el fresco de la memoria colectiva.

Esta tarea de acercamiento a la tradición oral exige la mayor proximidad posible al terreno y a sus protagonistas, no siempre accesibles para el extraño. Sin la confianza y familiaridad que nos han permitido franquear puertas, armarios, abrir baúles, desempolvar desvanes, prestar álbumes, descolgar retratos...no hubiera sido posible la tarea. Porque, al prestar las fotos de los seres más queridos, a veces con lágrimas en los ojos, los familiares, convecinos e incluso desconocidos nos estaban confiando un trozo de sus vidas, algo personal e íntimo, irremplazable.

Esa confianza, cercana a la confesión o a la confidencia, ha sido un continuo ejercicio de reflexión, de retorno a las raíces, de autoconocimiento, de introspección. En este sentido, nos gustaría que cada lector que se acerque a estas fotos pueda experimentar sensaciones semejantes: cada cual, las suyas; pero todos, en fin, la emoción de viajar en el tiempo hacia un mundo que ya no hemos podido conocer, pero sin el que nuestras vidas no hubieran sido posibles.

Y es, justamente gracias a las fotografías, que tenemos el privilegio de ser la primera generación que puede hacer ese viaje; para cualquier joven nacido en 1700, hubiera sido una tarea imposible comprender el pasado de su familia, de su pueblo o de su país durante el siglo XVII. Por ello, para saber ahora quiénes somos y dónde estamos -como país o como generación; en lo familiar y en lo personal- es preciso este viaje fotográfico. Deudores del pasado, si somos capaces de comprender de dónde venimos, tal vez podamos adivinar hacia dónde vamos.

### **La memoria como signo de identidad**

Esta “máquina del tiempo” que tenemos entre manos, la fotografía, fabrica o produce un material frágil y delicado: la memoria. Carecer de memoria es carecer de historia. La memoria es una fuente inagotable de conocimiento, de autoconocimiento; en boca de Cicerón, la memoria es el tesorero y guardián de todas las cosas; el estuche de la ciencia para Montaigne. Es, por consiguiente, una fuente útil e imprescindible en la que reside una parte sustancial de lo que somos, y ello a pesar del desuso o maltrato a que está sometida.

Los estudios acerca de la memoria, bien como facultad del intelecto, desde una perspectiva biológica o desde la Psicología Cognitiva, bien como facultad artística, literaria, histórica, etc., podrían llenar miles de páginas con opiniones científicas y vulgares. Una primera definición explica que la memoria es la habilidad mental que nos permite *almacenar, retener y recuperar* información sobre acontecimientos pasados. Este almacén trabaja mediante procesos que construyen y reconstruyen la información y se caracteriza por ser muy vulnerable; podríamos hablar de las enfermedades de la memoria y, por ende, de la amnesia y el olvido como calamidades históricas, o de los silencios intencionados.

## Memoria, recuerdo y conciencia

Y esto es así porque, como afirmaba Bergson, la esencia de la conciencia es memoria. Una realidad que no tuviera la capacidad de retener el pasado en un presente sería un espíritu de estructura puntual; cada acto comenzaría en cero, y aunque ejecutara actos iguales o parecidos a los de antes, esta semejanza sería mera repetición. Dicho de otro modo por el filósofo español Zubiri: “La conciencia es esencialmente memoria. Recordar es siempre y sólo una función del espíritu, que es quien conserva las imágenes”. Sin forzar demasiado el símil, los archivos y filmotecas en cuyos fondos hurgamos son la representación filogénica de ese espíritu. Y si la conciencia es memoria, podemos concluir que la conciencia histórica reside en la memoria histórica.

Por nuestra parte, desde el primer momento de la investigación —que comenzó hace ya siete años, con los libros *Álbum del Bierzo* y *Álbum de Bembibre*, continuó con la tesis doctoral *Thesaurus fotográfico berciano: la memoria fotográfica y la reconstrucción audiovisual* (Salamanca, 1998), y prosigue ahora con los libros *Winocio y Pablo Testera: fotógrafos de León y Benavente* (1998) y este *Benavente y los Valles*; y se proyecta en otros géneros, en las series de TV documentales *La sal de la tierra* y *Doa a doa*— hemos trabajado desde una posición personal que propugna la necesidad de autoidentificarnos humanamente, culturalmente, no sólo como ese ser que tiene memoria, sino activamente como el ser que desea tener memoria.

Quizás es una respuesta personal, vitalmente necesaria, a un mundo dominado por el periodismo de lo efímero. Artículos magníficos, merecedores de amarillear en las antologías, son devorados como pañuelos de papel de usar y tirar. Antiguamente (en materia de fotografía y prensa nos referimos, lógicamente, a una “antigüedad” de finales del siglo XIX-principios del XX), los periódicos duraban semanas. Una gacetilla semanal o un periódico ya usado, traído por el camión del pescado, no se consumía al día, como pan fresco; andaba por la casa semanas y las noticias nunca eran del todo atrasadas. Algo similar ocurría con las fotos: immortalizaban momentos de la vida únicos, casi sagrados (bodas, bautizos, graduación militar, pariente en la emigración). Al contrario de lo que ahora sucede con las fotos instantáneas o la fotografía de prensa, desactualizada y desautorizada de inmediato por la imagen de televisión, antaño la fotografía estaba al servicio de lo permanente. Y fue hacia esa permanencia -la memoria-, hacia donde se encaminó nuestra búsqueda.

Nos propusimos echar anclas frente a las turbulencias de tantas y tantas noticias amortizadas rápidamente. Como hemos escrito en la tesis antes citada, el periodismo del que somos sufridas víctimas -y especialmente el audiovisual: televíctimas, más que telespectadores-, se rige como un Saturno insaciable, por una “ley de la obsolescencia precipitada”. Esa ley arboricida es la que arroja diariamente toneladas de papel a los contenedores, la que proscribe el placer de la relectura o el *revisonado*, la que arrincona a nuestros clásicos sin misericordia.

Frente a ello, nos parece -y lo confirman los fondos de filmotecas y museos, los libros de viejas fotos o las páginas de este mismo libro- que es muy valioso recuperar las viejas imágenes, regresar a la vida en sepia, visitar los clásicos conocidos y darnos el regalo de una segunda y una tercera lectura. He ahí los placeres que atesora la memoria. En estos siete años de investigación y búsquedas fotográficas, en las aguas de la memoria hemos ido procurando los espejos frágiles de la fotografía. Imperecederos, pero tan precariamente conservados que reclamaban con urgencia la intervención de equipos de salvamento y socorrismo. En esa operación de rescate, cientos de imágenes - como las de Testera- se han salvado de la destrucción o del fuego del olvido y han permitido reconstrucciones -como la que aquí se propone-, o ensayos en los que trabajamos, encaminados hacia nuevas propuestas visuales.

### **Fósiles fotográficos**

Salvar las fotos en peligro de desaparición es siempre la tarea más urgente; pero cuando acaba el rescate -y los técnicos de la Filmoteca han practicado boca a boca a numerosas placas en riesgo de muerte- es necesario “leer” esas fotos, comprenderlas, interpretarlas y tratar de reconstruir el instante en que fueron disparadas: devolverlas a su contexto histórico. La lectura y reconstrucción de estos fósiles fotográficos no son tareas fáciles; en el estudio “Thesaurus fotográfico berciano: la memoria fotográfica y la reconstrucción audiovisual” avanzamos algunas propuestas sobre el particular, con la esperanza de que puedan servir también de ayuda a futuros investigadores.

En un momento de auténtico “sarampión sepia”, de eclosión de toda clase de publicaciones de fotos (más o menos antiguas...), conviene advertir que las fotos fuera de su contexto carecen de valor. Si alguien quiere fotos antiguas, puede adquirirlas por cajas en cualquier rastro y llenar con ellas las paredes de su casa, decorar una cafetería o ambientar un *pub*. Será una tarea superflua, meramente decorativa, mimética, descontextualizada, fruto de una respuesta culturológica inducida y, por tanto, inútil para acercarnos a nuestro pasado o transmitirnos una parcela de la memoria. Puesto que queremos que las fotos sean “espejos con memoria”, esas fotos compradas por cajas en el rastro son propiamente espejismos que carecen de memoria y por consiguiente poco o nada nos aportan.

Sólo cuando las documentamos y las devolvemos a su contexto, al instante prodigioso en que fueron hechas, comienza a producirse la magia del espejo, y comenzamos a ver reflejado en el rostro conocido e identificado nuestro propio rostro, que es el de nuestros abuelos, el de nuestro pueblo natal. Esta necesidad de contextualizar las fotos plantea al investigador problemas complejos. Baste advertir aquí del riesgo de caer en gestos miméticos o decorativos; y, por contra, de la conveniencia de disponer de instrumentos metodológicos correctos para afrontar tanto la búsqueda de fotos, como la reconstrucción de la memoria colectiva. En resumen, hemos querido ofrecer al lector interesado este *Benavente y los Valles* como nuestra modesta

aportación a la bibliografía malgratiana -complementaria del libro *Winocio y Pablo Testera: fotógrafos de León y Benavente-*, y como continuación del trabajo de investigación iniciado en 1990 con la indagación de la memoria fotográfica berciana.

